

Los factores del proceso de cambio: rupturas y persistencias entre los cubanos del norte

Dr. Ernesto Domínguez López

MSc. Dalia González Delgado

Centro de Estudios Hemisféricos
y sobre Estados Unidos (CEHSEU)

A comienzos de la década de los noventa, la comunidad cubana en Florida meridional se había formado esencialmente a partir de las oleadas migratorias de 1959-1973 y se hallaba plenamente insertada en los procesos que convirtieron a Miami en una urbe global de gran importancia para la proyección hacia América Latina de las empresas estadounidenses. La composición de los flujos migratorios iniciales configuraron los rasgos tempranos de esa comunidad, que de hecho incluía a la gran mayoría de las élites cubanas prerevolucionarias, el grueso de la clase media y amplios sectores de obreros calificados. Estas características le otorgaron ventajas competitivas potenciadas por las políticas gubernamentales emanadas de los enfoques de la Guerra Fría.

Como resultado, la comunidad cubanoamericana ocupó un papel central en el crecimiento del núcleo urbano miamense y marcó su vida social y económica, al tiempo que constituyó un enclave étnico viable. La debilidad de los vínculos directos con su país de origen en esa etapa fue otro de los factores de diferenciación de la comunidad cubanoamericana, con lo cual el componente cubano de la identidad de

la comunidad experimentó un significativo desacople con la evolución de la sociedad cubana durante esos mismos años. Estos factores definieron a la inmigración cubana en Estados Unidos y a la comunidad cubanoamericana según parámetros diferenciados de los habituales entre las inmigraciones latinoamericanas, y en general con las inmigraciones típicas. La oleada de 1980 varió en alguna medida las proporciones, pero la estructura central de la comunidad cubanoamericana de Miami se mantuvo esencialmente intacta.

Parte de ese proceso estuvo enmarcado por la creación y evolución de lo que se definió como un enclave étnico cubano en Florida meridional, identificado en 1980 como un forma definida de adaptación económica de los inmigrantes, caracterizada por una alta concentración de aquellos, de manera que les permita organizar una serie de empresas dedicadas a una diversidad de sectores y mercados, las cuales absorben una parte sustancial de los trabajadores de esa nacionalidad. Las premisas para la aplicabilidad de esa propuesta incluyen la capacidad para distinguir el enclave del mercado laboral fundamental (*mainstream*), mayores beneficios derivados del capital humano traído del país de origen que en el mercado *mainstream* y que los empresarios del enclave obtienen

mayores beneficios que sus homólogos con similar capital humano insertados en otros segmentos de la economía. Esta propuesta se apoyaba en datos sobre inmigrantes cubanos recopilados a lo largo de una década.¹

Un rasgo interesante de la comunidad cubanoamericana en sus primeras tres décadas de existencia fue su relativamente bajo nivel de comunicación directa con la sociedad cubana contemporánea, restringidos a algunos contactos esporádicos y viajes en momentos muy puntuales. Ello fue resultado de varios factores: la agudeza del conflicto político entre los emigrados y el gobierno cubano, el conflicto sostenido entre Washington y La Habana que creó los marcos de la relación, el traslado de familias completas en las primeras oleadas y el rechazo a los emigrantes ampliamente difundido en la política y la sociedad cubanas.² Los cubanos que vivieron la década de los ochenta recuerdan lo inusual que resultaba la visita de algún emigrado («de la comunidad») y la escasez de los contactos a través de las fronteras. Por ello consideramos que para esa etapa y esta comunidad no es aplicable una categoría frecuentemente utilizada: comunidad transnacional. Una de las premisas para definir su existencia es el contacto sostenido entre los

¹ Kenneth Wilson y Alejandro Portes: «Immigrant Enclaves: An Analysis of the Labor Market Experiences of Cubans in Miami», *American Journal of Sociology*, No. 86, 1980, pp. 295-319.

² María de los Ángeles Torres: *In the land of mirrors, Cuban Exile Politics in United States*, 4ta Edición, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2002.

emigrados y su comunidad de origen.³

Como resultado de su historia particular, de las condiciones que encontraron durante su desarrollo y de las relaciones que establecieron con las elites políticas estadounidenses, entre otros factores, la comunidad cubanoamericana temprana estableció una sólida alianza con el Partido Republicano, al tiempo que logró una considerable influencia política a nivel local y estadual, que eventualmente se extendió a nivel federal. Sus niveles de participación en los procesos electorales y la concentración del voto en el GOP la convirtieron en uno de los factores claves de los éxitos alcanzados por los republicanos en Florida y por ende en factor político relevante a nivel nacional.

Como resultado de esta realidad y de sus intereses particulares, unidos a la formación y existencia de estructuras de influencia y organización políticas, la elite de la comunidad se convirtió en uno de los pilares de la conformación de política exterior en Estados Unidos, especialmente hacia Cuba. Desde esa posición, la elite cubanoamericana ha sido una fuerza de peso considerable en el sostenimiento de la política de sanciones y aislamiento implementada por Was-

hington contra Cuba. Los políticos electos y designados de origen cubanoamericano han sido muy activos en la profundización y fortalecimiento de los instrumentos de presión contra el gobierno cubano.

En el contexto de los procesos de cambio registrados en la relación bilateral entre Cuba y Estados Unidos a partir del ajuste de la política exterior estadounidense, se han observado dos tendencias claramente divergentes. Por un lado, los políticos cubanoamericanos más conocidos han sido explícitos en su rechazo al nuevo curso de la relación, con sólido apoyo de varias de las organizaciones más visibles de Miami y sectores de la elite de la comunidad. Por otro, una sostenida tendencia al crecimiento del apoyo al cambio de política dentro de la comunidad cubanoamericana, con una significativa diferenciación por cohorte migratoria y grupo étnico.⁴

Dado esto, resulta interesante e importante estudiar las tendencias del desarrollo de la comunidad que enmarcan estas dinámicas, para comprender mejor su papel dentro de este proceso. En especial prestamos atención a dos aspectos: la evolución del enclave étnico a partir de la década del noventa, y las tendencias del com-

³ Alejandro Portes: «Introduction: the debates and significance of immigrant transnationalism».

⁴ Guillermo Grenier y Hugh Gladwin: *2012 FIU/Cuba Poll*, Miami, FIU Steven J Green Institute for International and Public Affairs, Florida International University, 2016, pp. 10-13, 17. En: *Global Networks*, Vol. 1, No. 3, 2001, pp. 181-193; Paul Kennedy y Victor Roudometof: «Transnationalism in a global age», en: Paul Kennedy y Victor Roudometof (eds.): *Communities across Borders. New immigrants and transnational cultures*, Routledge, Londres, New York, 2002; Alejandro Portes: «Conclusion: Theoretical Convergencies and Empirical Evidence in the Study of Immigrant Transnationalism». En: *International Migration Review*, Vol. 37, No. 3, Otoño, 2003, pp. 874-892.

portamiento y peso relativo del voto cubanoamericano en los procesos electorales, especialmente en los presidenciales. Esto nos dará una mejor perspectiva sobre los datos registrados por los estudios más recientes que han mostrado los cambios de criterio entre esa población.

En el tránsito entre milenios

El período 1989-1994 marcó un punto de inflexión en la historia de Cuba, y por extensión en su historia migratoria. El colapso del bloque socialista en Europa del Este y la desaparición de la Unión Soviética desataron una vastísima crisis económica, además de una crisis de los paradigmas políticos y una profunda crisis social concomitantes. En semejantes condiciones, la emigración cubana experimentó un proceso de cambio en todos sus parámetros que llevó a la reconfiguración de sus características esenciales y por tanto de los rasgos identitarios que la habían definido con anterioridad, lo cual se reflejó en la evolución posterior de la comunidad cubanoamericana. Por eso consideramos como nueva emigración al flujo de personas que abandonó Cuba a partir de 1990, en contraste con la vieja emigración desarrollada entre 1959 y 1989. La composición e impacto de esta es el centro de este epígrafe y en general de este trabajo.

La evolución de la situación cubana llevó a la acumulación de un

potencial migratorio extremadamente elevado, orientado fundamentalmente hacia Estados Unidos. En ese contexto, el total de visas otorgadas por Washington a solicitantes cubanos, que se había mantenido en niveles bajos desde la firma del acuerdo migratorio de 1984, se redujo aún más. En 1988 se emitieron 3472 visas de inmigrantes, entre 1989 y 1991 el acumulado fue 4105 (un promedio anual de 1368) y entre 1992 y 1994 fue de apenas 2418 (806 como promedio anual), con un mínimo de 544 en ese último año.⁵

La lectura de estos datos indica claramente la carencia de una vía legal para aliviar la presión migratoria interna. En la legislación cubana vigente en ese momento se penalizaba las salidas del país no autorizadas expresamente, consideradas delito, lo cual era utilizado como un mecanismo para intentar controlar los flujos migratorios exteriores. Consideremos además la existencia de los llamados programas para refugiados cubanos y la conocida Ley de Ajuste Cubano en Estados Unidos, que de conjunto le garantizaron a prácticamente todos los nacionales cubanos que lleguen a suelo estadounidense la permanencia en ese país, con un *safetrack* para la residencia legal en un año más un día, más ayudas económicas y acceso a alguna educación adicional –fundamentalmente idioma inglés. En el caso de los cubanos ilegal sería aquella migración producida sin contar con

⁵ Antonio Aja: *Al cruzar las fronteras*, 2da. ed., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2014, p. 207.

el visado correspondiente. Una vez en territorio estadounidense, los inmigrantes cubanos estaban en condición de legalizar –ajustar– su estatus de acuerdo con las normas especiales vigentes en ese país desde la década de los sesenta. Por tanto, la ilegalidad se refiere a la manera de migrar, no al estatus del inmigrante en el país de destino.

La implicación es clara: las vías ilegales se convirtieron en el principal, casi único camino para ingresar al país norteamericano, lo cual a su vez generó una creciente tensión entre los emigrantes efectivos y reales y las autoridades gubernamentales cubanas. La consecuencia fue el crecimiento exponencial de las salidas ilegales, el tráfico de personas, la conflictividad asociada a la sobreacumulación de potencial migratorio, todo lo cual derivó en los motines de agosto de 1994, seguido por el anuncio de la apertura de las costas cubanas para cualquiera que deseara irse. Ese momento es conocido como *la crisis de los balseiros*, debido al considerable número de personas que intentaron emigrar hacia Estados Unidos en balsas rústicas. De acuerdo con los datos del servicio de guardacostas estadounidenses, unas 38 500 personas intentaron cruzar el estrecho de la Florida.⁶

La situación creada condujo a un diálogo entre los dos gobiernos que

concluyó con la firma de los acuerdos migratorios de 1994 y 1995. En los documentos firmados, Washington asumía la obligación de otorgar un mínimo anual de 20 000 visas de inmigrantes a cubanos. Como complemento, el entonces presidente William Clinton introdujo la política de «pies secos-pies mojados», según la cual los migrantes ilegales interceptados en el mar serían devueltos a Cuba, y los que llegasen a suelo estadounidense por cualquier vía serían aceptados. Ergo, la Ley de Ajuste no fue modificada, algo que solo podía hacer el Congreso, sino que se añadió una especie de filtro parcial para la inmigración ilegal, que controla el número de personas que son admitidas en el país.⁷

A partir de esos convenios se produjo un cambio de gran importancia en el patrón migratorio cubano. Por primera vez se introdujo un marco normativo relativamente eficiente para regularizar la migración postrevolucionaria hacia Estados Unidos. La vía legal pasó a ocupar un lugar central, al tiempo que las rutas para la migración ilegal se trasladaron de las aguas del estrecho a vías terrestres, esencialmente en busca de alcanzar la frontera entre México y Estados Unidos.

Cuando sumamos la emigración legal y la ilegal, entre 1994 y 2012 se

⁶ Susan Eckstein y Lorena Barberia: «Grounding Immigrant Generations in History: Cuban Americans and Their Transnational Ties», *International Migration Review*, Vol. 36, No. 3, Otoño, 2002, p. 806. Se consultaron pp. 799-837.

⁷ Antonio Aja: *Al cruzar las fronteras*, ob. cit., pp. 210-214; Guillermo J. Grenier: «The Creation and Maintenance of the Cuban American “Exile Ideology”: Evidence from the FIU Cuba Poll 2004». En: *Journal of American Ethnic History*, Vol. 25, No. 2/3, Invierno-Primavera, 2006, p. 222.

registró en Cuba un saldo migratorio negativo con tendencia al crecimiento del valor modular. El total se situó en 637 513 en ese período, un promedio anual de 33 553, aunque con un máximo de 47 844 en 1994, un año inusual, pero incrementándose sostenidamente desde algo más de 20 000 en 1996 y 1997, hasta 46 662 en 2012.⁸ Aunque esta cifra incluye todos los destinos —según datos facilitados por funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba, hay cubanos residiendo en 148 países—, la alta concentración en Estados Unidos —cercana al 80%— implica un flujo de gran volumen hacia ese país. Es importante señalar también que la modificación de la legislación migratoria cubana entre 2012 y 2013 (ver más adelante) transformó los criterios a partir de los cuales se catalogan los migrantes, y por tanto introdujo cambios en las estadísticas oficiales. Como resultado de este flujo migratorio y de los pocos casos pendientes de oleadas anteriores, 563 306 personas provenientes de Cuba recibieron el estatus de residente legal permanente en Estados Unidos entre 1990 y 2013.⁹

Estos aspectos se suman a otros en los cuales predominó la continuidad, en primer lugar en la concentración de la emigración en Estados Uni-

dos, y en particular Florida Meridional. Este último rasgo incluso se reforzó, con la eliminación de los programas tempranos de relocalización, la atenuación de los efectos que aquellos pudieron causar y la actuación de las redes migratorias que comenzaron a consolidarse y crecer a partir de la nueva situación. Como resultado, se produjo un crecimiento sostenido y rápido de la población cubanoamericana. El censo estadounidense de 2000 fijó la población de origen cubano en 1 241 685, cifra que para 2010 pasó a ser 1 785 547, equivalente a un 3,5% de los más de 50 millones de latinos (o hispanos, según el uso de las autoridades censales, que utilizan los dos términos como intercambiables) registrados en 2010, igual proporción que en 2000. Es decir, tuvo un 43,8% de crecimiento intercensal, cifra casi idéntica a la del crecimiento total de la población latina (43%), con lo que pasó de representar el 0,4% de la población estadounidense al 0,6%.¹⁰

En 2010, el 68% de los cubanoamericanos residía en Florida, fundamentalmente en el área de Miami, esto es el 28,7% de la población latina y el 6,5% de la población total en ese estado. En comparación, la segunda población de origen cubano más numerosa se encontraba en California,

⁸ Centro de Estudios de Población y Desarrollo, 2014, *Anuario Demográfico de CUBA 2013*, Oficina Nacional de Estadísticas e Información La Habana, 2014, p. 98. Se consultaron pp. 209-224.

⁹ Office of Immigration Statistics: *2013 Yearbook of Immigration Statistics*, Department of Homeland Security, Washington DC, 2014, pp. 8-10.

¹⁰ US Census Bureau: *La Población Hispana: 2010, 2012*. En: www.census.gov/prod/cen2010/briefs/c2010br-04sp.pdf. Consultado el 20 de julio de 2013.

y era de apenas 88 607, equivalente al 0,6% de la población latina radicada allí. El segundo núcleo más importante de cubanos se ha situado durante el último medio siglo en New Jersey, particularmente en la zona comprendida por las ciudades de Union City y West New York; sin embargo, en el último censo se registraron 83 362 cubanoamericanos en ese estado, que representaban el 5,4% de los latinos y el 0,9% de la población total.¹¹ Estimados posteriores ratificaron esas tendencias. Por ejemplo, en 2012 se situó el total de la población cubana en ese país en 1 973 108.¹²

Otras de las características de la comunidad cubanoamericana, como de otras comunidades similares, es su alta proporción de inmigrados. Este es un dato que se ha mantenido por encima del 50% durante décadas, aunque con una tendencia lógica a la reducción en la misma medida en que se reproduce la población de origen cubano en ese país.¹³ En el estimado de 2012 esta figura era el 56,2%.¹⁴ Todo esto ocurre dentro de marcos de legalidad en la estancia en el país —no así en la vía de migración— para la casi totalidad de los cubanos radicados allí, lo cual hace que las cifras manejadas sean muy cercanas a las

reales, al estar ausente el factor ditorsionador que implica el riesgo de deportación para los indocumentados.

Como resultado de esta dinámica demográfica, hacia 2010 la comunidad cubanoamericana había alcanzado un punto de inflexión en su composición, especialmente importante para comprender su evolución más contemporánea: en ese año se estimó que el 52% de los nacidos en Cuba habían llegado después de 1990.¹⁵ Si atendemos a los datos que manejamos anteriormente, resulta evidente que la amplia mayoría de ese grupo arribó a Estados Unidos con posterioridad a los acuerdos migratorios de 1994-1995.

Por si solas estas cifras marcan un cambio muy significativo, pues implica que la combinación de los nacidos en Estados Unidos y los llegados después de 1990 representan más del 70% del total de los cubanoamericanos. Ergo, la amplia mayoría de la población de origen cubano está formado por grupos distintos, en términos de generación migratoria y cohorte, a los que construyeron la comunidad en sus etapas iniciales.

Aquí encontramos un punto esencial. Si nos circunscribimos a los nuevos inmigrantes, a lo que estamos

¹¹ Idem.

¹² Pew Hispanic Center: *Statistical Portrait of Hispanics in the United States in 2012*, Washington DC, 2014. En: www.pewhispanic.org/files/2014/04/FINAL_Statistical-Portrait-of-Hispanics-in-the-United-States-2012.pdf. Consultado el 4 de diciembre de 2014.

¹³ Antonio Aja: *Al cruzar las fronteras*, ob. cit., p. 223.

¹⁴ Pew Hispanic Center: *Statistical Portrait of Hispanics in the United States in 2012*, ob. cit.

¹⁵ Pew Hispanic Center: *Statistical Profile Hispanics of Cuban Origin in the United States in 2010*, Washington DC, 2012. En: www.pewhispanic.org/2012/06/27/hispanics-of-cuban-origin-in-the-united-states-2010/. Consultado el 4 de diciembre de 2014.

haciendo referencia es la llegada de una población que en su mayoría nació y se educó en la Cuba postrevolucionaria, y los de más edad vivieron gran parte de su vida en ella. Esto implica una ruptura fundamental con la estructura primaria de la comunidad cubanoamericana. Las experiencias que moldearon a esos nuevos inmigrantes son muy diferentes de los viejos inmigrados de los sesenta, a la vez que el nivel de conexión, comunicación y coincidencia en muchos aspectos claves tiende a ser bajo.

En este aspecto es necesario introducir algunos matices. Por ejemplo, en términos de educación formal, medida en términos de años escolares terminados, la nueva inmigración es muy similar en composición, incluso levemente superior, a los primeros llegados.¹⁶ Para los estratos superiores de la vieja inmigración, el problema radica en que esos niveles de instrucción fueron alcanzados en Cuba, o al menos una parte significativa de su educación formal transcurrió en Cuba, dentro de los marcos del sistema educacional construido por el gobierno nacido de la revolución de 1959. Para los miembros del llamado exilio, ese es un indicador de deficiencia. En realidad, es mucho más exacto decir que esa población es portadora de ideas, valores y en general perspectivas diferentes de las que son patrimonio de las primeras oleadas, y también en no poca medida de los nacidos en Estados Unidos. Dicho en otras palabras, los viejos

inmigrantes que constituyen, conjuntamente con una parte de la segunda generación, la columna vertebral de la estructura primaria de la comunidad, tienden a desconfiar de la formación de los nuevos inmigrantes. Este es un ángulo de la cuestión que no ha sido estudiado cuantitativamente de manera sistemática, pero que tiene profundas implicaciones. Durante el trabajo de campo dialogamos con 11 inmigrantes anteriores a 1980, propietarios de negocios de diferentes dimensiones en el área de Miami o retirados de la empresa privada. De ellos, 8 declararon abiertamente su desconfianza, rayana en el menosprecio en varios casos, respecto a la educación de los nuevos inmigrados. Las consecuencias de esas percepciones son sumamente importantes, si consideramos el papel que desempeñó la confianza mutua en la formación del enclave étnico cubanoamericano de Miami.

Uno de los cambios más destacados dentro de la migración cubana en general, y en particular la orientada hacia Estados Unidos, son los motivos que la impulsan. En la academia cubana existe consenso, expresado en múltiples eventos y debates, sobre que, por lo menos desde los años noventa, el factor determinante no es la política, sino la economía. Sin embargo, escasean los trabajos sobre ese aspecto concreto. En la literatura estadounidense y cubanoamericana que aborda la problemática migratoria cubana y la comunidad cubanoame-

¹⁶ Antonio Aja: *Al cruzar las fronteras*, ob. cit., p. 228.

ricana, este tema tiene muy poca presencia.

En un texto publicado en 2007, pero con datos recogidos hasta 2004, se presentaron los resultados de un estudio psicohistórico con 100 sujetos, que ratifica el criterio predominante en Cuba. Para el período 1959-1979, el motivo fundamental percibido para emigrar era la inconformidad política, con un 60%, en tanto que una percepción desfavorable de la situación económica personal y familiar tenía un 29% de incidencia. Otras razones tenían mucho menos impacto: un 7% de inadaptación social y un 4% de reunificación familiar. En el período 1980-1989, lo cual puede asociarse directamente con la gran oleada de 1980, estas figuras cambiaron drásticamente, con 36% para los problemas económicos y un extraordinario 39% de inadaptación social. Esa cohorte es, en muchos sentidos, distinta a las demás. Las razones percibidas para la migración de 1994 y 2004 señalan en primer lugar la economía, con 76% y 70%, respectivamente, en tanto que en un segundo lugar se encuentra la reunificación familiar, con 15% y 23%, en tanto que la inconformidad política se sitúa en 6% y 5%, y la inadaptación social es aún menor, con 3% y 2%.¹⁷

Esas cifras son muy claras: la nueva emigración cubana en general y hacia Estados Unidos en particular implica una transición parcial de una migración política, a una migración

fundamentalmente económica y familiar. En la sociedad cubana de la década de los noventa en adelante, abandonar el país se convirtió en una estrategia familiar y personal para resolver una gama de problemas de tipo económico y lograr la realización de planes de vida, incluyendo los de índole profesional. Esto no significa que la política no desempeñe un papel relevante, pues esa evaluación de situaciones y opciones se apoya en el criterio de que en el contexto cubano contemporáneo las alternativas dentro del país son limitadas, en parte por las decisiones políticas y los marcos legales. La migración es siempre un fenómeno multicausal, que en el caso de Cuba a partir de 1959 se hace aún más complejo debido a los marcos dentro de los que se ha desarrollado. Factores económicos, sociopolíticos, familiares e incluso psicológicos y culturales condicionan los procesos globales y las decisiones individuales. La década de los noventa cambió la correlación entre esos factores, sin que ello signifique la exclusión de ninguno (Rodríguez Chávez, 2000). Pero las percepciones jerarquizan en un primer plano las motivaciones económicas, lo cual condiciona su actuación una vez llegados a su destino, donde se prioriza la progresión económica y el envío de ayuda a sus familias, por delante de la actividad política.

Durante la investigación, entre 2012 y 2014 entrevistamos en Miami a 51 cubanoamericanos de primera

¹⁷ Consuelo Martín Fernández: «Familias y emigración cubana: estrategias cotidianas en su contexto psicohistórico». En: *Anuario del CEMI*, 2007, p. 214. Se consultaron pp. 206-231.

generación. Además de los 11 llegados en la década del sesenta que mencionamos antes, contactamos con otros 4 que emigraron en 1980, y 36 que completaron el viaje a partir de la década de los noventa. La muestra no es representativa, pues su selección respondió esencialmente a la disposición a ser entrevistados, sobre la base de ser personas nacidas en Cuba. Pero consideramos que es válida para confirmar y actualizar las tendencias que se desarrollan dentro de nuestro objeto de estudios registradas en 2007. Todas las entrevistas fueron conducidas como conversaciones informales, en las que se les preguntó por qué habían emigrado.

Del primer grupo, solo uno adujo motivos económicos, mientras que los 10 restantes se refirieron a su desacuerdo político con la revolución y los cambios político-sociales en Cuba. De los inmigrantes de 1980, tres señalaron los problemas económicos como razón fundamental, en la forma de la aspiración a obtener mayores ingresos y acceso a bienes materiales. El cuarto reportó conflictos familiares y sociales como los factores determinantes. El pequeño número de personas en este grupo limitó las posibles respuestas. Las personas de estas dos primeras cohortes tenían edades avanzadas (más de sesenta años), salvo el caso de una mujer de 39 años al ser entrevistada.

El tercer grupo es el que presentaba mayor diversidad en edades, con personas entre 22 y 84 años de edad en el momento de la entrevista. De ese total, 8 declararon la reunificación

familiar como su principal motivo. Dos adujeron formas de represión política en Cuba como factor decisivo. Los restantes señalaron razones que podemos catalogar como económicas. En este número se incluyen, por ejemplo, jóvenes graduados de universidades cubanas que escogieron la emigración como un camino para desarrollar estudios de postgrado en centros de prestigio internacional, que les diesen mejores oportunidades en los mercados laborales internacionales. En este grupo, el más numeroso, el formado por los nuevos inmigrantes, la incidencia de motivos económicos fue 72,2%, de la reunificación familiar fue 22,2%, y las razones políticas 5,6%. Es interesante señalar también que en 4 casos la reunificación familiar fue considerada un medio para resolver problemas económicos, no un fin en sí mismo. Como se ve claramente, los resultados son consistentes con las tendencias reportadas por Martín Fernández.

Este es un factor no solo de diferenciación metodológica, sino que en la práctica introduce una cuña dentro de la comunidad cubanoamericana, si tomamos en cuenta las características de su formación, que sintetizábamos en el acápite anterior. Uno de los entrevistados dijo que consideraba que había muchos castristas entre los cubanos que estaban llegando en los últimos tiempos, y seguro muchos espías (Mario, inmigrante llegado en 1962, propietario de un restaurante, Miami, 2012). Esta expresión fue algo que escuchamos además en algunos espacios públicos que tradicionalmen-

te sirven como centros de reunión de los viejos inmigrantes y lugares para actividades políticas, especialmente en el restaurante Versailles y el parque Máximo Gómez, ambos en la Pequeña Habana, Miami.

A lo anterior hay que sumarle una brecha cultural de gran importancia. Con esto nos referimos a un amplio espectro de manifestaciones, que incluyen desde las expresiones artísticas, como la música, uno de los elementos más conocidos de la identidad nacional cubana, hasta las costumbres cotidianas. Si recordamos que la migración, aunque nunca cesó por completo, tuvo períodos de baja incidencia, y le sumamos la limitada comunicación entre Cuba y su diáspora, podemos entender que las brechas generacionales típicas de cualquier sociedad se expresan con más fuerza en el caso de las distintas cohortes de cubanoamericanos. Uno de los inmigrantes de 1980 comentaba que incluso le era difícil en ocasiones entender lo que hablaban los llegados más recientemente, pues evidentemente la educación que habían recibido, tanto formal como familiar, era muy distinta de la suya (Rafael, inmigrante llegado en 1980, contratista de la construcción, Miami, 2014).

Esta fractura que estamos observando nos lleva a considerar la aplicabilidad del concepto de enclave étnico en esas circunstancias. En una primera aproximación, encontramos elementos para afirmar su perti-

nencia tal cual fue formulado. El censo económico de 2007 contabilizó 244 181 firmas con propietarios latinos en el condado de Miami-Dade, con un volumen de operaciones de US\$ 44 875 856 000, la mayor concentración de empresas hispanas en el país.

Para ponerlo en perspectiva, el condado de Los Angeles, el más poblado del país y además el de mayor población hispana, reportaba 225 791 empresas y operaciones por un monto de US\$ 30 683 743 000. De ese total, 117 798 empresas y US\$ 24 512 991 000 pertenecían a cubanoamericanos. Si consideramos toda el área metropolitana de Miami, aproximadamente dos tercios de las empresas de propietarios cubanoamericanos se encuentran localizadas allí.¹⁸ Esto significa, incluso si solo consideramos las empresas con propietarios de origen cubano, y no aquellas en las cuales los directivos cubanoamericanos tienen posiciones prominentes, que existe la capacidad de absorber una gran parte de la fuerza de trabajo disponible dentro de la comunidad.

Otro aspecto que se hizo evidente cuando recorrimos las calles de Miami como observadores participantes, es el nivel de predominio, casi se puede decir la hegemonía, de que disfruta la comunidad cubanoamericana en lo que se refiere a la definición de los patrones evolutivos del mercado local, incluyendo los productos culturales. Baste señalar algo aparentemente tan simple como que el café

¹⁸ US Census Bureau: *Economic Census Survey of Minority-Owned Business Enterprises 2007*, 2011. En: www2.census.gov/econ/sbo/07/sb0200cshisp.pdf. Consultado el 31 de agosto de 2014.

elaborado al estilo cubano es servido prácticamente en todo el núcleo urbano, incluyendo sitios étnicos no cubanos, como tiendas argentinas, o en los grandes centros turísticos como el BaySide, o que platos cubanos dominan los menús de restaurantes de propiedad salvadoreña. O también que en las zonas centrales de la ciudad de Miami y en otros de los núcleos de toda el área metropolitana, se viva esencialmente en español, un español con tonos cubanos. O el hecho de que se siga denominando Pequeña Habana y siga estando estructuralmente controlada por los cubanoamericanos una franja de la ciudad a lo largo de la céntrica calle 8, en la que actualmente habita un número muy grande y en permanente crecimiento de nicaragüenses, mexicanos, salvadoreños, guatemaltecos, dominicanos y otros latinoamericanos.

Sin embargo, hay otros aspectos que debemos observar. En 2006, Portes y Shafer hicieron una revisión de la tesis del enclave ante los cambios en Miami. Ellos encontraron una considerable diferenciación entre las distintas cohortes residentes dentro de los marcos geográficos del enclave en cuanto a los niveles de ingreso. Un hecho recurrente en todos los estudios en este ámbito es que el ingreso promedio de los blancos no hispanos supera significativamente al de todas las otras comunidades étnicas. Sin embargo, cuando se controla por las

variables cohorte y generación, los inmigrantes anteriores a 1980 y los nacidos en Estados Unidos son esencialmente indistinguibles de los blancos no hispanos comparables. Los llegados a partir de 1980 se encuentran significativamente por debajo. Controlando además por experiencia laboral, la segunda generación cubanoamericana sigue siendo esencialmente indistinguible de los blancos no hispanos y llamativamente los inmigrantes de las primeras cohortes tienen ingresos significativamente superiores, mientras que los inmigrantes más recientes siguen estando significativamente por debajo.¹⁹

Esto tiene varias lecturas posibles, incluyendo el uso del enclave como una plataforma de acumulación original para insertarse en la economía *mainstream*, especialmente para la segunda generación y sus descendientes. Pero también hay algo que salta a la vista: la fractura entre las distintas cohortes, visible en otros aspectos, tiene una expresión clara en la capacidad de obtener beneficios del enclave. Dicho en otras palabras, las características diferenciadas de las distintas oleadas migratorias han hecho que los sectores que controlan el enclave exploten un mercado de fuerza de trabajo dividido en dos macrosectores, siguiendo la línea de las cohortes.

Ello implica a su vez que los nuevos inmigrantes que se insertan dentro del sector empresarial a través de

¹⁹ Alejandro Portes y Steven Shafer: *Revisiting the Enclave Hypothesis: Miami Twenty-Five Years Later*, Princeton University Working Papers, Princeton, 2006, pp. 24-26.

distintas vías de acumulación primaria, tienen que hacerlo con niveles muy inferiores de apoyo de los connacionales mejor posicionados que lo que encontraron las cohortes iniciales. Es decir, que el enclave está evolucionando hacia una división interna muy visible, que puede saldarse con una marcada segregación. Este es un tema que debe ser seguido con detenimiento en el futuro.

Un factor adicional a considerar para comprender la ruptura interna de la comunidad es incremento sostenido de los vínculos con el país de origen. Un primer factor resulta muy lógico: los nuevos inmigrantes, como norma, tienen familiares y amigos residentes en Cuba. En un contexto de despolitización relativa y resignificación de la emigración para la sociedad cubana, el contacto con ellos resulta natural. Además, aunque el acceso a los tecnologías de las comunicaciones en Cuba es limitado, las vías y medios de comunicación son mucho más eficientes que lo que eran en décadas anteriores. Por otra parte, según datos proporcionados por funcionarios del Ministerio de Turismo cubano, el total de visitas de cubanoamericanos a la isla ha experimentado un crecimiento sostenido. No hemos encontrado datos que reflejen la distribución por cohortes de esos grupos de viajeros, pero en el contacto con visitantes diversos hemos constatado un amplio predominio de los nuevos emigrados. En otras palabras, se han establecido canales para la comunicación permanente entre ambas costas del estrecho de Florida.

Esa comunicación tiene implicaciones bien visibles para la organización de la actividad económica de los cubanoamericanos, especialmente en Miami. La más llamativa de todas es la proliferación de negocios orientados hacia y dependientes de la relación con Cuba. De estos, los primeros fueron las agencias de viajes que explotaban ese mercado. Desde los años setenta aparecieron algunas, como Marazul, pero actualmente su número se ha multiplicado y sus anuncios publicitarios se encuentran a todo lo largo de la calle 8. Junto con ellas se han expandido compañías especializadas en envíos de paquetes, documentos y dinero a Cuba, tiendas que venden piezas para autos de fabricación soviética y de Europa oriental que ruedan por miles en las calles cubanas, venta de teléfonos celulares desbloqueados para poder ser utilizados en Cuba, negocios dedicados al alquiler de joyas y prendas con las que un número de inmigrantes presume de su éxito cuando visita a sus familiares. En fin, todo un floreciente segmento del mercado minorista de bienes y servicios articulado en torno a la creciente circulación de personas y al flujo de paquetería y remesas entre los dos países. Tal proliferación sería simplemente impensable en los sesenta y setenta.

La relación transfronteriza se hace presente también dentro de la evolución de las preferencias en el consumo cultural. Actualmente se ha convertido en fenómeno recurrente y cada vez más normalizado por la circunstancias, que artistas de éxito en Cuba

se presenten en Miami, con grandes afluencias de público. Durante nuestras visitas a Miami vimos los anuncios de actuaciones en lugares como el Miami-Dade County Auditorium de artistas cubanos no emigrados, como Ivette Cepeda, el dúo Buena Fe, Gente de Zona, entre otros. Situaciones como las protestas de una parte de la comunidad por la presencia de esos artistas en locales miamenses, si bien no han desaparecido del todo, se van atenuando, en la medida en que tienen menos apoyo y su capacidad para afectar el desarrollo de los espectáculos disminuye. La de mayor magnitud en los últimos años fue dirigida contra la presentación de Buena Fe, pero no consiguió impedir la actuación. Al tiempo que generó expresiones de rechazo entre cubanoamericanos de las cohortes más recientes, muchas de ellas publicadas en los distintos sitios digitales como Facebook y Twitter. Esta realidad genera nuevas posibilidades económicas, ahora en el mundo del espectáculo, y más ampliamente en las llamadas industrias culturales.

Todavía hay algunos aspectos a añadir. Un fenómeno aun relativamente incipiente y poco estudiado es el de la migración de retorno. Las condiciones de las primeras cohortes hacían muy poco probable que sus componentes adultos considerasen esa opción. Sin embargo, está comenzando a aparecer con mayor frecuencia,

según hemos podido constatar por contactos personales. También ha tenido un impacto, todavía por medir, la modificación de la ley migratoria cubana realizada a finales de 2012 y vigente desde 2013. Con la modificación se eliminó el permiso de salida (una especie de visado de salida), y se extendió a dos años el período de permanencia continuada en el extranjero para considerar a una persona emigrante.²⁰

Para entender las implicaciones, la condición de emigrado priva al ciudadano del derecho a tener propiedades en Cuba, de la capacidad de heredar, así como del derecho a participar en los procesos políticos formales del país. Esta modificación del marco legal ha creado condiciones favorables para formas de migración circular, en la medida en que con estancias periódicas breves, los emigrados conservan sus derechos y propiedades en Cuba, algo que no era posible con anterioridad. Cuando relacionamos esto con la mencionada Ley de Ajuste Cubano y los programas de refugiados, es evidente que el período necesario para obtener la residencia permanente en Estados Unidos queda perfectamente incluido dentro del período señalado por la legislación cubana según la modificación de 2012.

Imbricada directamente con la creciente interconexión entre el país y su diáspora se encuentra la refor-

²⁰ Consejo de Estado de la República de Cuba: «Decreto Ley No 302, modificando la Ley No 1312, Ley de Migración, de 20 de septiembre de 1976». En: *Gaceta Oficial de la República de Cuba*, No. 44 ordinaria, 16 de octubre, 2012, pp. 1357-1360.

ma económica en curso en Cuba. La conexión económica típica en estos casos son las remesas. Pero la apertura de espacios para el emprendimiento privado ha transformado una parte considerable de esas remesas en capitales para microinversiones. El impacto real de este fenómeno está todavía por determinar, pero los primeros estimados son ilustrativos. Por ejemplo, de 379 restaurantes y negocios privados similares abiertos en La Habana en 2014, se estima que hasta el 70% fueron financiados por esa vía, fundamentalmente con fondos transferidos por personas emigradas a partir de la década de los noventa.²¹

El electorado de Florida y el voto cubanoamericanos en el siglo XXI

La influencia política de la elite cubanoamericana tiene uno de sus pilares en la concentración de la población de origen cubano en el estado de Florida, estado que combina su numerosa población — que lo convirtió en el tercero con más votos electorales desde 2010, empatado con New York, con 29 escaños en su colegio — con su condición pendular, que lo ha llevado a reportar algunas de la diferencias más estrechas de todo el país en los comicios presidenciales. El rápido crecimiento de la población durante las décadas más recientes

apunta a que la tendencia al crecimiento del colegio electoral se mantendrá en el futuro próximo.

Durante mucho tiempo, el incremento de la población de origen latino en el *Sunshine State* estuvo relacionado directamente con el crecimiento de la comunidad cubanoamericana. Sin embargo, con la llegada del nuevo milenio otros grupos comenzaron a crecer a un ritmo mayor. Especial atención merecen los puertorriqueños, pues al ser ciudadanos estadounidenses por nacimiento, todos los mayores de 18 años son potenciales votantes. Un estudio del PewHispanic Center comprobó que en el año 2003, de los latinos votantes de Florida, unos 540 000 (el 36%) se identificaba como de origen cubano, y unos 480 000 (32%) de Puerto Rico. Otros 315 000 (21%) de Centro o Sur América. Alrededor del 60% del electorado hispano en Florida se concentraba en tres condados: Miami-Dade, Orange y Broward. Solo en Miami-Dade vivían alrededor de 590 000 hispanos elegibles para votar, lo cual representaba el 39% del electorado hispano, por mucho la mayor concentración del estado. Dos tercios de ellos eran de origen cubano. Los latinos eran el 52% de los electores del condado. Para entonces, casi tres cuartos (73%) del electorado cubano vivía en Miami-Dade.²²

²¹ Jorge Mario Sánchez: «La nueva política de Estados Unidos hacia Cuba: retos y posibles impactos para la economía cubana». Ponencia presentada en el Taller de Autores *¿Qué son los Estados Unidos?*, La Habana, Cuba, Revista *Temas/RIALP*, 2-4 de abril, 2015.

²² Pew Hispanic Center: *The hispanic electorate in Florida. Fact Sheet*. Washington DC, 2004. En: www.pewhispanic.org/files/2004/10/9.pdf. Consultado el 4 de diciembre de 2014.

Si bien el PewHispanic Center no ha realizado un estudio similar desde 2004, que precise la distribución de los votantes de Florida por condado, debemos considerar el hecho de que aunque los cubanos han continuado su tendencia al crecimiento la concentración en Miami-Dade, ya no representan la mayoría de la población hispana del condado, según los datos del Censo de 2010. De acuerdo con esa misma información, entre 2000 y 2010 los condados floridanos que reportaron un mayor crecimiento de la población hispana fueron Orange y Osceola.²³

Otro sondeo del Pew Hispanic Center sobre la demografía de los hispanos en Florida, comparó la cantidad de posibles votantes cubanoamericanos en el estado con aquellos procedentes de Puerto Rico. En 1990, la combinación de puertorriqueños y otros hispanos de origen diferente a los cubanos sumaban el 54% de los posibles votantes del estado, mientras los cubanos eran el 46%. La diferencia no es abrumadora, especialmente si tomamos en cuenta que los niveles de participación de los cubanoamericanos son superiores a los de otros grupos latinos. No obstante, ya

para 2007 los posibles votantes puertorriqueños eran el 29% del total, los de otro origen el 37%, y los cubanos solo el 34%.²⁴ Esa tendencia continuó en los años posteriores, y para 2012 solo un 32% de los posibles votantes hispanos en Florida era de origen cubano, el 28% procedentes Puerto Rico, y el 39% de algún otro origen.²⁵

Como consecuencia de lo anterior, se han conformado en el estado de Florida importantes núcleos de votantes cuyos vínculos políticos tienen poco que ver con la tradición cubana. Ya en su edición del 17 de octubre de 2004, *The New York Times* anunciaba que la gran afluencia de puertorriqueños, mexicanos y personas de Centro y Sudamérica estaba diluyendo la influencia de los cubanos, y flexibilizado lo que usualmente había sido un voto en bloque por los candidatos republicanos en Florida.²⁶

A partir de 2004, el voto hispano para un candidato republicano en el *Sunshine State* descendió notablemente. Pasó de un 56% para George W. Bush al 39% obtenido por Mitt Romney en 2012. De acuerdo con el Pew Hispanic Center, el crecimiento de la población no cubana del estado

²³ US Census Bureau: *La Población Hispana: 2010*, 2012. Ob. cit.

²⁴ Pew Hispanic Center: *Among Hispanics in Florida, 2008 Voter Registration Rolls Swing Democratic*, Washington DC, 2008. En: www.pewhispanic.org/files/2008/10/44.pdf. Consultado el 4 de diciembre de 2014.

²⁵ Seth Motel y Eileen Patte: *Latinos in the 2012 Election: Florida*. Washington DC, 2012. En: www.pewhispanic.org/2012/10/01/latinos-in-the-2012-zelection-florida-2/. Consultado el 4 de diciembre de 2014.

²⁶ Abby Goodnough: «Hispanic Vote in Florida: Neither a Bloc Nor a Lock», *New York Times*, octubre 17, 2004. En: www.nytimes.com/2004/10/17/politics/campaign/hispanic-vote-in-florida-neither-a-bloc-nor-a-lock.html. Consultado el 12 de septiembre de 2015.

—especialmente la procedente de Puerto Rico en la zona de Florida central— contribuyó a la mejora de los resultados de Barack Obama entre los votantes hispanos. Obama ganó el voto hispano en Florida en 2008 (57% vs. 42%), y mejoró ese resultado para 2012 (60% vs. 39%). En ese caso también hay que considerar que a nivel nacional Obama contó con un gran apoyo de los latinos para su reelección, pues obtuvo el 71% de esos votos, una cifra que no se veía desde que Clinton contó con el 72% del electorado hispano.²⁷

Una anomalía del estado de Florida en cuanto a su comportamiento electoral era que históricamente la mayoría de los hispanos residentes allí se registraban para votar en el Partido Republicano, a diferencia de la tradición de esos grupos a nivel nacional. En 2006, Florida fue el único estado en Estados Unidos donde había más latinos registrados como republicanos que como demócratas (37% vs. 33%).²⁸ Para 2012 la situación era

completamente diferente, con un 39% de hispanos registrados como demócratas y un 29% como republicanos.²⁹

La investigación arroja que los niveles de filiación partidista entre el electorado cubanoamericano también han sufrido modificaciones a partir de 2000. El estudio del Cuban Research Institute correspondiente a ese año comprobó que el 90,2% de los ciudadanos cubanoamericanos en Miami-Dade estaba registrado para votar. De ellos, el 67,1% dijeron estar registrados como republicanos, el 17,2% como demócratas, y el 14,1% como independientes.³⁰ Según los resultados del análisis en 2004, el 90,4% estaba registrado para votar; de ellos, el 68,5% como republicanos, el 17,6% como demócratas, y el 12,9% como independientes.³¹ En 2007, el 91,1% dijo estar registrado para votar; de ellos, el 66,1% como republicanos, el 18,3% como demócratas, y el 15,2% como independientes.³² En 2011, el 93% dijo estar registrado para votar; de ellos el 56% como republicanos, el

²⁷ Mark Hugo López y Paul Taylor: *Latino Voters in the 2012 Election*, Pew Hispanic Center, Washington DC, 2012. En: www.pewhispanic.org/2012/11/07/latino-voters-in-the-2012-election/. Consultado el 12 de septiembre de 2015.

²⁸ Pew Hispanic Center: *Among Hispanics in Florida, 2008 Voter Registration Rolls Swing Democratic*. Ob. cit.

²⁹ Pew Hispanic Center: *Statistical Profile Hispanics of Cuban Origin in the United States in 2010*. Ob. cit.

³⁰ Guillermo Grenier y Hugh Gladwin: *2000 FIU/Cuba Poll*, Cuban Research Institute, Institute for Public Opinion Research, Florida International University, 2000. En: www2.fiu.edu/~ipor/cuba2000/index.html. Consultado el 17 de marzo de 2016.

³¹ Guillermo Grenier y Hugh Gladwin: *2004 FIU/Cuba Poll*, Institute for Public Opinion Research, Florida International University, 2004. En: www2.fiu.edu/~ipor/cuba7/index.html. Consultado el 17 de marzo de 2016.

³² Guillermo Grenier y Hugh Gladwin: *2007 FIU/Cuba Poll*, Institute for Public Opinion Research, Florida International University, 2007. En: www2.fiu.edu/~ipor/cuba8/. Consultado el 17 de marzo de 2016.

20% como demócratas, y el 23% como independientes.³³ En 2016 las cifras reportadas fueron 53,5% republicanos, 21,9% demócratas y 24,6% independientes.³⁴

Al hacer un análisis más detallado de esa tendencia, se encontró que no solo disminuyó el respaldo del electorado cubanoamericano al Partido Republicano, sino que hay una diferenciación marcada en ese tema entre las distintas cohortes migratorias. En 2004, en Miami-Dade, de los que habían llegado a Estados Unidos en alguna fecha entre 1959 y 1964 y estaban registrados para votar, el 74% respaldaba al Partido Republicano; ese mismo indicador era de 80% para los que habían llegado entre 1965 y 1974, 68% para los llegados entre 1975 y 1984, 67% para los llegados entre 1985 y 2004, mientras entre los ciudadanos por nacimiento la cifra era de 42%. Un estudio como ese realizado en 2007 encontró que, para entonces, de los que habían emigrado a Estados Unidos en alguna fecha entre 1959 y 1964 y estaban registrados para votar, el 77% respaldaba al Partido Republicano; ese mismo indicador era de 73% para los que habían emigrado entre 1965 y 1974, 73% para los emigrados entre

1975 y 1984, 66% para los emigrados entre 1985 y 1994, 61% para los emigrados entre 1995 y 2007, mientras entre los nacidos en Estados Unidos el respaldo para el Partido Republicano era del 50%.³⁵

Un sondeo publicado en 2014 por el Pew Hispanic Center, con datos correspondientes a 2012, encontró, mostró tendencias similares entre los cubanoamericanos, aunque incluyó a los residentes en otros estados. Menos de la mitad (47%) de los registrados a nivel nacional se identificaron con el Partido Republicano, cifra que una década atrás era de 64%. Mientras, la cifra de los que apoyaban al Partido Demócrata se duplicó en ese mismo período, y pasó de 22% a 44%. Si se incluyen todos los cubanoamericanos y no solo aquellos registrados para votar, el 48% se identifica con el Partido Demócrata. Según concluyó ese reporte, el impacto de los jóvenes está reflejado en las cifras. Más de la mitad (56%) de los cubanos entre 18 y 49 años se identifica con el Partido Demócrata, cifra que es del 39% en los de 50 años o más. Contrariamente, los cubanos de mayor edad tienden a identificarse con el Partido Republicano más que los jóvenes (44% vs. 23%).³⁶

³³ Guillermo Grenier y Hugh Gladwin: 2011 FIU/Cuba Poll, Institute for Public Opinion Research, Florida International University, 2011. En: cri.fiu.edu/research/cuba-poll/2011-cuba-poll.pdf. Consultado el 17 de marzo de 2016.

³⁴ Guillermo Grenier y Hugh Gladwin: 2012 FIU/Cuba Poll. Ob. cit., p. 23.

³⁵ Susan Eckstein: *The Immigrant Divide. How Cuban Americans Changed the US and their Homeland*, Routledge, Londres, New York, 2009.

³⁶ Jens Manuel Krogstad: *After decades of GOP support, Cubans shifting toward the Democratic Party*, Pew Hispanic Center, Washington DC, 2014. En: www.pewresearch.org/fact-tank/2014/06/24/after-decades-of-gop-support-cubans-shifting-toward-the-democratic-party/. Consultado el 12 de setiembre de 2015.

Por otra parte, aunque no hay datos suficientes sobre los niveles de asistencia a las urnas de los cubanoamericanos, el hecho de que hayan mantenido altos índices de registros para votar hace pensar que su participación se ha mantenido elevada. Según la misma fuente, en las elecciones presidenciales de 2012 el 67% de ellos votó a nivel nacional, comparado con el 48% en el caso de los hispanos en general.³⁷

El impacto del voto cubanoamericano en los resultados finales de las elecciones en Estados Unidos no es un asunto sobre el cual haya consenso entre los estudiosos del tema. Aunque se acepta la idea básica de que los miembros de la comunidad tienen niveles de participación política mayores que los de otras minorías hispanas, algunos consideran que su impacto en los comicios es limitado, teniendo en cuenta que su población representa menos del 1% del total nacional. Los defensores de esa tesis se apoyan, además, en la aparente contradicción que representa el hecho de que incluso en los condados

floridanos donde se concentra la mayoría de los votantes cubanoamericanos: Miami-Dade, Broward y Monroe, han resultado vencedores en las elecciones recientes los candidatos demócratas, sin importar el nivel de preferencia que hayan tenido entre los votantes cubanoamericanos.³⁸ Sin embargo, la concentración de los votantes cubanoamericanos en el mayor *swing state* del país potenció la considerablemente importancia de la comunidad. En esas condiciones, un número de votos relativamente pequeño puede decidir el estado, y en circunstancias propicias la elección nacional, como sucediera en los comicios presidenciales de 2000, decididos por poco más de 500 votos en Florida.³⁹ En ese contexto, entre los cubanoamericanos, que según algunos cálculos eran el 8% de los electores del estado,⁴⁰ alrededor del 78% votó por el candidato republicano.⁴¹ Eso significa que el electorado cubanoamericano aportó alrededor de 4,5 puntos porcentuales netos a Bush en Florida.

Si bien otros estimados ubican esa cifra en el 75%⁴² y otros en el

³⁷ Idem.

³⁸ Jesús Arboleya Cervera: Cuba y los cubanoamericanos. El fenómeno migratorio cubano, Casa de las Américas, La Habana, 2013, p. 168.

³⁹ The American Presidency Project: Election of 2000, Santa Barbara, 2000. En: www.presidency.ucsb.edu/showelection.php?year=2000. Consultado el 11 de noviembre de 2012. En ese proceso concreto intervinieron múltiples factores, pero aquí señalamos solamente el papel del voto cubanoamericano.

⁴⁰ Susan Eckstein: How Cubans Transformed Florida Politic and Leveraged Local for National Influence, Boston University, 2012. En: scholarcommons.usf.edu/las_hhfc/Scholarly_Contribution/Scholarly_Contributions/2/. Consultado el 9 de octubre de 2014.

⁴¹ Jens Manuel Krogstad: After decades of GOP support, Cubans shifting toward the Democratic Party. Ob. cit.

⁴² Institute for Cuban and Cuban-American Studies: «Cuba Facts». Cuba Transition Project, University of Miami, No. 57 (noviembre), 2011. En ctp.iccas.miami.edu/FACTS/Web/Cuba%20Facts%20Issue%2057.htm. Consultado el 17 de julio de 2015.

80%,⁴³ de cualquier manera es muy superior al 60% que había obtenido el candidato republicano en 1996. Aunque no hay cómo demostrar la relación directa entre ambos acontecimientos, algunos autores consideran que el voto cubanoamericano ese año estuvo mediado por el caso de Elián González.⁴⁴ Bush siguió contando con el apoyo de la mayor parte de los electores cubanoamericanos. En los comicios generales de 2004, ganó en el estado de Florida alrededor del 78% de su respaldo.⁴⁵

Sin embargo, en los años siguientes la situación comenzó a cambiar. En 2008 se comenzaba a hablar de un posible desplazamiento del voto cubanoamericano hacia los demócratas.⁴⁶ Según un estudio a boca de urna del Pew Hispanic Center, en 2012 el voto cubano se dividió, con un 49% para Obama, y un 47% para su adversario republicano, Mitt Romney.⁴⁷ Estas cifras han sido cuestionadas, pero lo que nadie discute es que los cubanoamericanos de Florida apoyaron a Obama en más del 40%, cifra inédita hasta entonces.

Las motivaciones para votar por uno u otro candidato están mediadas

por múltiples factores, algunos difíciles de cuantificar. Sin embargo, esas tendencias podrían estar dadas por dos factores fundamentales: la llegada a la edad de votar de los más jóvenes, nacidos en Estados Unidos, y el peso creciente de los inmigrados de las últimas dos décadas, cuyos intereses y posiciones difieren marcadamente del llamado «exilio histórico». Ello probablemente esté asociado, además, con cambios en la percepción y función de la emigración en la sociedad y la familia cubanas, que también fueron descritas con anterioridad en esta investigación.

Hay que tener en cuenta también que en etapas anteriores, entre las primeras oleadas de inmigrantes cubanos, la prioridad no eran los asuntos internos de Estados Unidos sino el regreso a Cuba. Con el tiempo, la disminución de los niveles de apoyo a las políticas contrarias al gobierno de La Habana podrían haber creado la posibilidad para que los asuntos internos se volvieran más importantes entre los miembros de la comunidad.⁴⁸ En las entrevistas que fueron realizadas para esta investigación, dos

⁴³ Alex Stepick, Guillermo Grenier, Max Castro y Marvin Dunn: *This Land Is Our Land. Immigrants and Power in Miami*, Berkeley, University of California Press, 2003, p. 7.

⁴⁴ *Idem*.

⁴⁵ Jens Manuel Krogstad: *After decades of GOP support, Cubans shifting toward the Democratic Party*. *Ob. cit.*

⁴⁶ David Rieff: «¿Se volverá azul la Pequeña Habana?», *Letras Libres*, septiembre, 2008, pp. 70-72.

⁴⁷ Mark Hugo Lopez y Paul Taylor: *Latino Voters in the 2012 Election*, Pew Hispanic Center, Washington DC, 2012. En: www.pewhispanic.org/2012/11/07/latino-voters-in-the-2012-election/. Consultado el 12 de septiembre de 2015.

⁴⁸ Chris Girard, Guillermo J. Grenier y Hugh Gladwin: «Exile Politics and Republican Party Affiliation: The Case of Cuban Americans in Miami», *Social Science Quarterly*, Vol. 93, No. 1, 2012 (marzo), pp. 42-57.

cubanoamericanos de tercera generación refirieron que, en su caso, la posición de los candidatos con respecto a Cuba no está entre los principales factores a considerar a la hora de emitir su voto. No obstante, este sigue siendo un tema importante, pues en 2016 un 65% de los votantes registrados indicaban que la posición de los candidatos hacia Cuba influía en sus preferencias.⁴⁹ También habría que valorar el impacto que tuvo en 2008 y 2012 la figura de Barack Obama, fundamentalmente entre el electorado hispano y entre los jóvenes. Según datos de la prensa, los cubanoamericanos nacidos en Cuba apoyaron a Romney por un margen de 55% a 45%. Sin embargo, entre los nacidos en Estados Unidos, el apoyo fue para Obama, 60% a 40%.⁵⁰

Conclusiones

La evolución de la comunidad cubanoamericana entrando en el siglo XXI se puede sintetizar en una idea: se ha producido una importante ruptura, generada por el amplio volumen de la nueva inmigración, actualmente mayoritaria entre los nacidos en Cuba residentes en Estados Unidos. Este proceso se articula en torno a algunos ejes fundamentales: el cambio en la percepción de la emigración dentro de la sociedad cubana, la despolitización relativa de la motivación para

emigrar, la formación y ampliación de la comunicación directa entre los emigrados y su país de origen, formas emergentes de circularidad migratoria y los flujos de microinversiones que están empezando a impactar en Cuba y a crear vínculos e intereses multidimensionales entre los cubanoamericanos y la sociedad cubana.

Los nuevos desarrollos en Cuba son parte integrante de este proceso, en el rol de generadores de cambio y también como efectos de la relación, dentro de los marcos de un proceso de reacomodo de la relación bilateral entre Cuba y Estados Unidos. Las manifestaciones de esa relación empiezan a hacerse visibles, pero todavía están en una etapa muy temprana.

Tal ruptura implica un cambio cualitativo de gran importancia en la estructura y comportamientos de la comunidad. Uno de los aspectos más significativos del cambio es la fractura del enclave étnico en dos partes, conectadas pero con dinámicas propias. Se necesitan todavía más estudios sobre este tema, pero pudiéramos estar presenciando un proceso de formación de una especie de «enclave 2.0». Esta neoformación cuenta con escasos apoyos entre las cohortes precedentes, por lo cual su proceso de acumulación primaria transcurre por vías diferentes; pero existe dentro de los marcos definidos por la he-

⁴⁹ Guillermo Grenier y Hugh Gladwin: 2012 FIU/Cuba Poll. Ob. cit., p. 24.

⁵⁰ CBS Miami: «Local Poll: Cuban-American Vote Moving Democratic», noviembre 9, 2012. En miami.cbslocal.com/2012/11/09/poll-cuban-american-vote-moving-democratic/. Consultado el 22 de agosto de 2015.

gemonía cubanoamericana en Miami, y tiene acceso sin limitaciones morales o políticas al mercado en expansión articulado en torno a la relación con Cuba. Aquí subyace la pregunta de si la estructura emergente se establecerá por separado, si eventualmente sustituirá al enclave original, si será absorbida completamente por aquel, o si se integrará en un proceso de simbiosis que transformará a ambas partes. En todo caso es un proceso que está ocurriendo ante nuestros ojos que debe ser estudiado con detenimiento.

Por otra parte, se han creado las bases para un mayor acople de la cultura cubanoamericana con la cultura cubana global. Las preferencias de los cubanos residentes en Estados Unidos se aproximan cada vez más a la de los residentes en la isla. Con ello se borran poco a poco algunas de las barreras instaladas desde los años sesenta. En no poca medida, la migración cubana hacia Estados Unidos se aproxima a los rasgos más generales de las migraciones latinoamericanas homólogas.

Esto último significa una mayor aproximación a la definición de comunidad transnacional, según fue propuesta por Portes, que no se cumplía para las etapas tempranas de existencia de la comunidad cubana de Miami. Es necesario no perder de vista este aspecto, pues la comunicación sostenida puede implicar la generación de un lenguaje común y, lo que es más significativo, un sistema de valores y criterios compartidos a ambos lados de los estrechos de la Flori-

da construidos entre los nuevos inmigrantes y la sociedad cubana contemporánea, con la exclusión relativa de las primeras cohortes, adelantándose a la desaparición física de estas. Las manifestaciones de estos procesos se encuentran en todos los ámbitos, desde la economía y el arte hasta la política y las relaciones internacionales.

Desde el punto de vista político, la influencia de la comunidad cubanoamericana ha mostrado picos en años de comicios presidenciales. Aunque como grupo representan menos del 1% de la población total de Estados Unidos, se han beneficiado por su alto nivel de concentración en el mayor *swing state* del país, algo que además sirvió históricamente de bastión al Partido Republicano en ese estado. Sin embargo, es posible identificar una tendencia a la reducción del peso relativo de la población de origen cubano en los electores latinos de Florida, a partir del crecimiento de otros grupos. Al mismo tiempo, los cambios que se están produciendo al interior de la comunidad parecen estar teniendo impacto sobre los comportamientos electorales, tanto en la división del voto como en lo relacionado con la disminución de su registro como votantes republicanos. Todo ello tiende a disminuir el peso electoral de la comunidad. Eso no significa la desaparición de la influencia cubanoamericana sobre los procesos políticos en el estado, pero sí se ha generado una situación en la cual las transformaciones demográficas incrementan la complejidad para el análisis

sis de los procesos electorales en el *Sunshine State*.

Por otra parte, el propio electorado cubanoamericano modificó sus intenciones de voto, lo cual quedó reflejado en la tendencia entre los miembros de la comunidad a registrarse menos como republicanos, y en los propios resultados durante las elecciones presidenciales de 2012, cuando por primera vez el voto cubanoamericano se dividió casi a la mitad entre los dos principales partidos. Además de los factores coyunturales que determinan el voto individual, esta tendencia general está condicionada en lo fundamental por dos factores: la llegada a la edad de votar de los más jóvenes, nacidos en Estados Unidos, y el peso creciente de los inmigrados de las últimas dos décadas, que representan más de la mitad del total de los nacidos en Cuba. Ello se asocia, además, con cambios en la percepción y función de la emigración en la sociedad y la familia cubanas. La propia evolución de la comunidad llevó a que los temas internos ganasen en importancia entre los cubanoamericanos, con respecto a otros que se consideraban más tradicionales, como la política de Estados Unidos hacia Cuba.

Por tanto, la natural transformación de la comunidad cubanoamericana de Florida a partir de los diferentes factores sociodemográficos y de la evolución de la sociedad cubana, emisora de emigrantes hacia ese destino, implican un crecimiento del interés por sostener un vínculo estable y positivo con Cuba, y

por tanto un decreciente apoyo para políticas hostiles de alto impacto sobre la población cubana. Ello no implica apoyo al gobierno cubano, sino una perspectiva diferente sobre las políticas de Estados Unidos hacia Cuba. Ello indica que la tendencia debería mantenerse en el futuro, y que ese es uno de los factores que condicionaron la decisión de la administración Obama.

La divergencia señalada en la introducción puede ser explicada por la relación entre los políticos en activo y las elites de la comunidad, que cuentan con los recursos necesarios para financiar organizaciones y mecanismos de influencia, incluyendo a los propios políticos. La fractura del enclave que se presentaba antes puede ser asociada directamente con las diferencias de posiciones políticas, lo cual añade nuevos niveles de complejidad al estudio y tratamiento de la comunidad, que no puede ser abordada en modo alguno como un bloque monolítico. Los estudios muestran una consistente estructura por cohortes y generación en el ámbito de la filiación partidista y los criterios respecto a la relación con Cuba entre los cubanoamericanos. Y el núcleo de la elite pertenece justamente a las cohortes más antiguas y los miembros de la segunda generación más cercanos a ella.

Los procesos electorales más recientes introducen nuevos elementos de juicio que ameritan estudios profundos y continuados para sopesar adecuadamente los distintos componentes de este sistema de influencias.

La interpretación del comportamiento de los votantes, de los intereses de los distintos grupos de la comunidad y de su impacto último sobre el pro-

ceso político general, tiene y tendrá un papel en la toma de decisiones en la política hacia a Cuba que no debe desconocerse en ningún caso.⁵¹

⁵¹ Además de las referencias citadas, se utilizaron para este trabajo las siguientes fuentes: Susan Eckstein: «La transformación de la diáspora y la transformación de Cuba». En: Woodrow Wilson Center: Cambios en la sociedad cubana de los 90, Woodrow Wilson Center Reports on The Americas No. 16, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington DC, 2005, pp. 245-268; John R. Logan, Richard D. Alba y Thomas L. McNulty: «Ethnic Economies in Metropolitan Regions: Miami and Beyond», Social Forces, No. 72, 1994, pp. 691-724; Jan Nijman: «Globalization to a Latin Beat: The Miami Growth Machine». En: Annals of the American Academy of Political and Social Science, Vol. 551, Mayo, 1997, pp. 164-177; Office of Immigration Statistics: 2011 Yearbook of Immigration Statistics, Department of Homeland Security, Washington DC, 2012; Office of Immigration Statistics: 2012 Yearbook of Immigration Statistics, Department of Homeland Security, Washington DC, 2013; Louis A. Pérez: On Becoming Cuban. Identity, Nationality, & Culture, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1999; Louis A. Pérez: Cuba en el imaginario de los Estados Unidos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2014; Marifeli Pérez-Stable y Miren Uriarte: «Cubans and the Changing Economy of Miami». En: Rebecca Morales y Frank Bonilla (eds.): Latinos in a Changing U. S. Economy, Sage Publications, Newbury Park, 1993, pp. 133-159; Alejandro Portes y Robert L. Bach: Latin Journey: Cuban and Mexican Immigrants in the United States, University of California Press, Berkeley, 1985; Alejandro Portes y Alex Stepick: City on the Edge: The Transformation of Miami, University of California Press, Berkeley, 1994; Ernesto Rodríguez Chávez: «Determinantes de la emigración cubana actual y su impacto en la redefinición del fenómeno». En: Cuaderno CRH, No. 32, enero-junio, 2000, pp. 149-169; US Census Bureau: Survey Of Minority-Owned Business Enterprises. Hispanic 1992, 1996. En: www2.census.gov/econ/sbo/92/mb92-2.pdf, consultado el 13 de abril de 2015; Kenneth Wilson y W. Allen Martin: «Ethnic Enclaves: A Comparison of the Cuban and Black Economies in Miami». En: American Journal of Sociology, 1982, No. 88, pp. 135-160.